

Apellido..... Nombre.....

Nº de documento.....Nº de comisión.....

UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES
DEPARTAMENTO DE CIENCIAS SOCIALES - CICLO INTRODUCTORIO
LECTURA Y ESCRITURA ACADÉMICA
PRIMERA EVALUACIÓN PARCIAL

En las páginas siguientes se reproduce el comienzo del capítulo 3 de *Occidente y los otros. Historia de una supremacía*, de la autora tunecina Sophie Bessis, que fue publicado por la editorial Alianza en Madrid, en el año 2002. Teniendo en cuenta estos datos y tras la lectura atenta del texto, resolver las siguientes consignas:

1. Explorar el paratexto e indicar qué hipótesis de lectura permite plantear.
2. Formular la referencia bibliográfica de la fuente de este texto de acuerdo con el formato convencional.
3. Indicar a qué género discursivo pertenece. Justificar con indicios tomados del texto que permitan identificar su objeto, estilo verbal y forma de composición.
4. Señalar, si los hay, los rasgos propios del discurso académico e indicar, en caso afirmativo, la disciplina en la que se inscribe.
5. Caracterizar el perfil del enunciador y del destinatario. Justificar con indicios tomados del texto.
6. Sintetizar el tema principal abordado en el texto.
7. Explicitar la posición del enunciador respecto del problema tratado en el texto. Identificar marcas de subjetividad que justifiquen esta interpretación.
8. Indicar la función de las citas en el texto.

Capítulo 3

LA CONSOLIDACIÓN DE UNA CERTEZA

- 1 A medida que avanza el siglo XIX y, con él, el colonialismo moderno, se recurre a todos los conocimientos disponibles para convertir progresivamente a esta cultura en un cuerpo doctrinal coherente. Con los progresos de la secularización del pensamiento, la justificación de la sed occidental de conquista dejó de reposar únicamente sobre el argumento religioso, aunque, de vez en cuando, se recurría a éste, si era necesario. La simple afirmación de la superioridad, sobre la que se fundó la existencia de un derecho natural a dominar, era demasiado frágil para afrontar las exigencias del momento. La ciencia renovó los viejos argumentos, que estaban parcialmente debilitados por los cuestionamientos de la Ilustración. Los naturalistas del siglo XVIII iniciaron la teoría que se transformó en obsesión clasificatoria y que pretendía atribuir al factor racial las diferencias propias de la diversidad de la especie humana, incluso las más pequeñas.

La prueba racial...

- 2 Con la antropología física del siglo XIX nació el racismo moderno. Éste consiste en una teorización científica de la supremacía “blanca”¹, es decir, europea, porque los pueblos “claros” no originarios de Europa se sitúan en los

¹ Esta definición sigue siendo criticada, con el pretexto de que el odio al prójimo es un rasgo más o menos común a todas las sociedades humanas, lo cual es verdad. Sin embargo, conviene distinguir la xenofobia del racismo. Éste elabora fundamentos teóricos mientras que aquélla suele contentarse con rechazar al vecino. También se ha objetado que el racismo no es propiamente occidental ya que se puede encontrar este tipo de planteamientos fuera de Europa y América, y en épocas más antiguas. Por ejemplo, está presente en el mundo árabe, cuyo discurso, como hemos visto, suele ser muy parecido al europeo en este campo. También se puede citar, como ejemplo de subestimación de los vencidos, el desprecio manifestado, del este al oeste de África central por los pueblos bantúes hacia los pigmeos. El hecho de no considerar como seres humanos completos a los pueblos que se invade no es, por tanto, un rasgo específico de Occidente. Pero esto no implica que éste no haya ido mucho

escalones intermedios o inferiores de una jerarquía sofisticada. Las poblaciones de la zona mediterránea se clasificaron según su proximidad a los rasgos europeos. Los “semitas” se situaron en la base de la escala, mientras que existían dudas con respecto a otros, como los bereberes del norte de África, a los que la ciencia colonial quiso emparentar con los celtas en beneficio de los estrategas franceses, lo que provocó el discurso sobre el antagonismo entre árabes y bereberes². Los llamados caucásicos o arios, racial y culturalmente superiores, pasaron a ser desde entonces, los jefes de una humanidad compuesta por un conjunto de grupos jerarquizados en función de la distancia que los separaba de la raza elegida. Como era habitual en él, Renan describió de una manera brillante los avances científicos de su tiempo “La naturaleza creó una raza de obreros, la raza china, que tiene una maravillosa destreza manual sin casi ningún sentimiento del honor [...]; una raza de trabajadores de la tierra, la negra [...]; una raza de jefes y soldados, la raza europea”³

3 En el caso de los negros, que globalmente se consideran cercanos a los animales, algunos grupos son más humanos que otros: los que tienen un color y rasgos menos “negroides”. También aquí, la ciencia se encarga de “probar” que el tamaño del cerebro es directamente proporcional a la claridad de la piel. Los “Hamitas” de la zona africana de los Grandes Lagos –categoría racial inventada por completo– son designados como los más blancos de todos los negros, con los privilegios que esto implica. El enunciado de la superioridad es simple: ésta proviene de factores físicos. De ahí derivan todos los aspectos –científicos, técnicos, culturales y políticos– de la genialidad de la raza blanca.

4 La filosofía y después la sociología también aportaron su grano de arena para la elaboración del racismo. Las consecuencias de la hipótesis hegeliana referida a la existencia de pueblos sin historia son bien conocidas. El filósofo alemán –heredero del antinegrismo de la Ilustración manifestado por Hume y Kant, entre otros– afirmó que África no tenía profundidad histórica, que es el esqueleto de una civilización. El continente africano era definido como un “país replegado sobre sí mismo [...], país de la infancia que, más allá de la luz de la historia consciente, está envuelto en el color negro de la noche”⁴. Lo privaba, así, de tener una existencia propia, que se limitaba a los antiguos mapamundis, en los que su emplazamiento se reconoce con la simple descripción de *hic sunt leones*. La historiografía occidental profundizó en esta idea para excluir a África de la Historia y expulsarla, así, de la civilización.

5 En este punto es necesario detenerse un instante para analizar el tratamiento que se reservó al antiguo Egipto. Extrañamente, este último no pertenece a ningún continente. Es como una isla en el Mediterráneo por la que corre el río más largo del mundo, del que se oculta su origen. Se dice que pasa, más al sur, por Nubia. Se dice que antiguamente las caravanas iban a buscar goma y marfil a la lejana región del Punt, es decir, por tierra. Se sabe que hombres y mujeres con piel oscura aparecen en los frescos de las tumbas faraónicas. Pero la pertenencia de Egipto a África no se menciona en ningún libro, y habrá que esperar a la polémica engendrada en los años sesenta por las tesis sulfurosas del historiador senegalés Cheikh Anta Diop para que se reconozcan algunos orígenes africanos. Podemos comprender fácilmente esta amnesia geográfica. Una de las civilizaciones más antiguas y más brillantes de la humanidad, que dejó un legado tan espectacular, cuya influencia en el mundo griego nunca ha podido ser negada, aunque los historiadores más eminentes intentaron constantemente

más lejos que las otras civilizaciones dominadoras en la teorización de la jerarquía de las razas y en la materialización de estas teorías.

² He aquí lo que dice Louis Harmand, historiador francés del mundo romano, a fines de los años cincuenta: “El poblamiento de África, casi siempre con retraso en relación con la prehistoria europea, evolucionó de una forma más original de lo que se pensaba [...] El tipo humano de la Dordoña prehistórica se asemeja al hombre de Mechta (en el sur de Châteaudun-du-Rhumel), pálida réplica, pero réplica al fin, del *Homo sapiens* de nuestras cavernas. La presencia de personas rubias entre estas poblaciones primitivas del norte de África parece indicar un origen septentrional [...]”. Más adelante afirma: “Estas tierras [...] cobijaron, a partir de un momento dado, a dos grupos de población de los que no se puede, claro está, proclamar la consanguinidad [...], pero cuyos hábitos y tradiciones presentan un paralelismo imposible de negar [...]: hablamos de la gran familia celta y de la que se le asemeja en la orilla contraria del Mediterráneo: la familia bereber” (Louis Harmand, *L'Occident Romain*, Paris, Payot, 1960). Destacamos la contradicción entre la voluntad de atribuir a los bereberes un origen europeo para alejarlos de los árabes, manteniendo al mismo tiempo una estricta jerarquía entre las poblaciones de las orillas norte y sur del Mediterráneo.

³ Ernest Renan, *Oeuvres complètes*, op. cit.

⁴ Friedrich Hegel, *La razón dans l'Histoire. Introduction à la philosophie de l'histoire*, UGE 10/18, Paris, 195 [ed. cast.: *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, Madrid, Alianza Editorial, 1997].

demostrar la superioridad de este último⁵, no podía situarse alegremente en un continente primitivo, bárbaro y desprovisto de historia.

6 Con esta “deslocalización” del antiguo Egipto, la historiografía occidental logró dos objetivos. Privó durante mucho tiempo al África subsahariana de formar parte de la Historia reconocida del mundo, y se apropió de la civilización egipcia, considerada demasiado próxima y demasiado importante para no formar parte del genio europeo. Así el Mediterráneo pasó a constituir una civilización delimitada por los contornos del *mare nostrum* grecorromano. Todavía hoy, la mayoría de los escolares europeos y americanos tendrían dificultades para decir en qué continente se encuentra el Egipto de los faraones cuyo esplendor les enseñan.

7 Esta misma voluntad de usurpación, basada en la convicción de que los pueblos racialmente inferiores son incapaces de construir nada importante, empujó a los historiadores del África Austral de la época colonial, que atribuyeron a las murallas colosales del gran Zimbabue unos orígenes a veces asiáticos y a veces portugueses, a intentar probar que las famosas ruinas del Monomotapa no podían ser una obra africana. También conocemos el éxito que tuvo, en el campo de la sociología la distinción de Lévy-Bruhl entre las mentalidades lógicas y prelógicas, hasta el punto que sobrevivirá al rechazo de su propio autor.

8 A fines del siglo XIX, el camino que comienza en el Renacimiento parece llegar a su fin. La acumulación de los argumentos sucesivos que Europa construye durante cuatro siglos para legitimar sus empresas de exclusión y de dominación termina por producir un racismo “completo”, que elabora un sistema explicativo indiscutible que se materializa en las teorías raciales. La limpieza de sangre, la elección divina y natural del varón blanco cristiano, la vieja necesidad de justificar la esclavitud de los seres con piel oscura, la legitimación de la explotación, de la segregación y de la eliminación se subliman de alguna manera con el dogma del determinismo biológico. La influencia del discurso racista aumenta con este nuevo repertorio, con las peripecias de la aventura colonial y con los nacionalismos xenófobos que aparecen en este momento⁶. La rapidez con la que el racismo se convierte en una cultura popular se debe a la profundidad de sus raíces históricas, pero también a su capacidad de trascender las diferencias políticas e ideológicas. La certeza de la existencia de un derecho absoluto a la supremacía es aceptada por la élite política y cultural europea y americana⁷, por lo que no existen obstáculos para su difusión al conjunto de la población. La operación se vio facilitada por el comienzo de la escolarización masiva de las clases populares a fin del siglo XIX. En Francia, la escuela republicana consolidó la creencia en la superioridad racial y democratizó la cultura de la supremacía.

9 Por más que la izquierda y la derecha europeas tengan unos orígenes doctrinales diferentes, lo que separa a Gobineau –representante de la primera– de Renan –representante de la segunda– es menos importante que lo que los une. La izquierda y la derecha comparten, en el siglo XIX y en las primeras décadas del XX, la certeza de que la especie humana se ordena en una escala en la que los europeos ocupan el lugar más alto, pero divergen en la cuestión de saber si esta jerarquía es inmutable o susceptible de evolucionar. Una especie de darwinismo de izquierda se inclina, tras el humanismo paternalista de los primeros herederos de la Ilustración, por la segunda interpretación: gracias a la abnegación colonial de los europeos, las razas primitivas, sin alguna o con ninguna característica constitutiva de la civilización, pueden formar parte de la humanidad evolucionada en un futuro lejano, si aceptan la tutela occidental. Ésta es la misión civilizadora que se arroga el hombre blanco y que, desde entonces, funciona como coartada para todas sus empresas.

⁵ Champollion, sin embargo, no dudaba en escribir: “Por mucho que moleste a los sabios que creen firmemente en la generación espontánea del arte en Grecia, para mí es evidente, como para todos los que han conocido bien Egipto, que el arte griego fue una imitación servil del egipcio, mucho más avanzado de lo que se cree vulgarmente, en la época en que las primeras colonias egipcias se pusieron en contacto con los salvajes habitantes del Ática y del Peloponeso (en Jean-Claude Simoën, *Le Voyage en Égypte*, J-C. Lattès, Paris, 1989).

⁶ La atribución al factor racial de diferencias a menudo más supuestas que reales sirvió más de una vez para legitimar por la razón científica, los fantasmas xenófobos o las posiciones de un grupo dominante. Dos casos ilustran este fenómeno: el de la histeria anti-italiana que tuvo lugar en Francia contra los inmigrantes de la Península a principios del siglo XX, y el del desprecio que muestran en Israel los ashkenazis por los judíos orientales. Hasta hace poco se pensó que los españoles y los italianos del sur estaban demasiado cerca de las costas africanas para ser realmente europeos. En el caso israelí, la justificación “racial” del rechazo está aún más clara: los judíos de Oriente eran considerados, en los años cincuenta, semiprimitivos –como las poblaciones de sus países de origen– por la *intelligentsia* de origen europeo, imbuida de la cultura occidental de la supremacía.

⁷ En este caso, no solo las élites norteamericanas. Las élites ibéricas de América Central y del Sur, que dirigieron en el primer tercio del siglo XIX la independencia de las colonias españolas y portuguesas en nombre de los principios ilustrados, fundamentan su poder en una estricta jerarquización de las razas y siguen marginando a la población india y esclavizando a los negros. La esclavitud no es abolida hasta 1860 en Perú y hasta 1888 en Brasil.

- 10 Por el contrario, para la derecha, la brecha es demasiado profunda para poder ser superada. A partir de 1865, el británico Francis Galton y sus sucesores dan un paso adelante en esta teoría, que presentan como un enunciado científico de la desigualdad de las razas y de la imposible mejora de las que son inferiores. “Educadlas, civilizadlas, no creo que lleguéis a modificar la raza” afirma, en 1905, el principal discípulo del fundador del eugenismo⁸.
- 11 Las diferencias de interpretación relativas a la naturaleza de una desigualdad unánimemente considerada como evidente tendrán enormes consecuencias. Sus colegas continentales comparten con Galton la convicción de que no es razonable oponerse “a la extinción gradual de una raza inferior”⁹, que tendrá la consecuencia que conocemos. Pero tampoco aquí es tan grande la distancia entre los partidarios de ambas teorías, y los cambios de bando no fueron excepcionales. La izquierda –de Blanqui a Proudhon– contribuyó, entre otras cosas, a la racialización del antijudaísmo tradicional y a su transformación en el antisemitismo moderno, y se caracterizó por los llamamientos al asesinato más abyecto. Si León Daudet describe la cara del capitán Dreyfus como una “cara terrosa, aplastada y chata, sin señal de remordimientos, seguramente extranjera, proveniente de un gheto”, Proudhon afirma que “el judío es el enemigo del género humano”, y que “hay que recluir rápidamente a esta raza en Asia o exterminarla”¹⁰.
- 12 El hecho de que las tentativas de legitimación de las masacres que acompañaron a las conquistas coloniales no tengan los mismos orígenes ideológicos no las hace muy diferentes. Tocqueville, que no es partidario de la exterminación de los árabes, le dice al coronel La Moricière que “desde el momento en que hemos admitido la gran violencia que supone una conquista, creo que no debemos retroceder ante las violencias menores que son totalmente necesarias para consolidarlas”¹¹. Karl Pearson, para quien la exterminación de los indios de América del Norte no tiene nada de escandaloso, constata que, efectivamente, los europeos tuvieron que eliminar tribus enteras del nuevo continente, pero el resultado final “nos dio beneficios que compensaron grandemente los errores inmediatos”¹². Con o sin buena conciencia, se justificaron las masacres masivas y los que las perpetraron fueron elevados al rango de héroes nacionales, incluso si algunos deploraron los horrores más terribles que cometieron.

⁸ Karl Pearson, *National life from the standpoint of science*, Cambridge University Press, Cambridge, 1905 (en Michael Billig, *L'Internationale raciste. De la psychologie à la science des races*, Maspero, Paris, 1981).

⁹ Francis Galton, *Inquiries into Human Faculty and its Development*, Dent, Londres, 1907 (en Michael Billig, *L'Internationale raciste...*, op. cit.).

¹⁰ Citas de un artículo de Jean-Denis Bredin, *Le Monde*, 1 de marzo de 1997.

¹¹ Alexis de Tocqueville, *Travail sur l'Algérie*, Paris, 1841.

¹² Karl Pearson, *National life...*, op. cit.